

La Verdad Religiosa

Revista mensual.

OREMOS POR LOS DIEUNTOS

La existencia del purgatorio, es decir, de un lugar destinado por Dios para purificar a las almas que no son merecedoras del infierno, porque no tuvieron la desgracia de morir en pecado mortal, ni tampoco entrar inmediatamente en el cielo por no estar libres de toda mancha, es una verdad de nuestra santa religión, es un dogma que está contenido en la Sagrada Escritura y que fué definido como tal solemnemente por la Iglesia en el concilio general de Florencia primero y después en el de Trento, el más ilustre de los concilios. Pues a este lugar en donde, según los santos es todo fuego y fuego abrasador van las almas a purificarse como el oro se purifica en el crisol, van a pagar hasta el último cuadrante la deuda que contrajeron con el divino Juez, van a vestirse de la túnica inmaculada e inconsutil para entrar en el cielo a cantar las eternas alabanzas en compañía de los ángeles y de los santos. Sí, amado lector, al purgatorio van las almas a purificarse; al purgatorio en donde, como dicen los Doctores y Padres de la Iglesia, existen los tormentos más terribles y penosos que se pueden imaginar. Allí se experimenta la pena de sentido, o sea el tormento del fuego y allí también se sufre la pena de daño, la más terrible de las penas, o sea la privación de la visión de Dios como enseña Santo Tomás de Aquino.

En cuanto al tormento del fuego en el purgatorio, dicen los santos que no tienen comparación todos los dolores de esta vida, y a í decía uno: traigamos a la memoria cuantos tormentos sufrieron los mártires en los circos, cuantos dolores padece un reo en el suplicio, cuantas angustias un enfermo en larga y penosa enfermedad, cuantas aflicciones un pobre hambriento y cuanto de más terrible y penoso hay en el mundo y nada será en comparación de la menor pena que las almas padecen en el purgatorio. Caen las al-

mas en las manos de Dios, y es una ccsa que estremece, como dice el Apóstol, el caer en las manos de Dios vivo. Verdad es que les tiene reservada una bienaventuranza eterna, pero antes hace que sientan el peso de su mano infinita, hace que sufran el rigor de las llamas abrasadoras hasta que tengan satisfecha toda la deuda que contrajeron con mil y mil faltas leves que de ninguna manera pueden tener cabida en la región inmaculada de la gloria en donde todo es santidad, en donde no se respira otra cosa sino el aroma suave y encantador de las virtudes en su mayor perfección.

Acabamos de ver ligeramente cuanto es lo que sufren las almas con la pena de sentido o sea con el tormento del fuego. Pues bien; con la pena de daño sufren incomparablemente mucho más, dice el Angélico; experimentan la más acerba de las penas, puesto que se las priva de ver a Dios, se las impide la consecución inmediata del sumo bien, el mayor atractivo para ellas después que se ven libres de los cuerpos. Saben de cuan grande bien están privadas y por lo mismo les entran deseos ardientes de poserle; su amor las lleva con un ímpetu sin igual a él. Júzguese ahora, dice un escritor, qué dolor sentirán, al verse por algún tiempo rechazadas por Dios y privadas de un objeto tan ardientemente amado. Aun cuando me propusiérais mil infiernos, decía San Juan Crisóstomo (es decir, todas las penas de sentido que se sufren en el infierno), no diríais nada que sea comparable a la pérdida de la gloria. La belleza de la justicia es tan grande, exclama San Agustín, y el placer de la luz eterna, de la verdad inmutable y de la sabiduría divina, es tan excesivo que aún cuando no se debiese de gozar más que un solo día, sería justo y razonable, por esto solo menospreciar años innumerables de una vida llena de todos los bienes y de todas las delicias temporales. Deduzcamos de aquí la intensidad de las penas y lo terrible y angustioso que es el estado de aquellas almas detenidas en el purgatorio. Y lo grave, lo que debe movernos a compasión es la imposibilidad en que se encuentran de poder hacer actos meritorios para abreviar y hasta mitigar los tormentos que padecen. Únicamente nosotros, los que estamos aquí en la tierra, podemos con oraciones, con ayunos, con limosnas y con otras obras buenas abreviarles la pena y hasta sacarlas inmediatamente de tan espantoso lugar. ¿Y quién tendrá el corazón tan de

piedra que pudiendo, no remedia una situación tan lastimosa?

¿Quién hay tan duro que se atreva a taparse los oídos para no oír los gritos desgarradores y los lamentos de aquellas atormentadas almas que imploran nuestro auxilio? ¿No son tal vez las de nuestros padres las que con voz angustiada nos están diciendo, acordaos, acordaos de nosotras siquiera vosotros que sois nuestros hijos? Y si por dicha nuestra las que así claman no son seres tan queridos ¿no pueden ser las de nuestros hermanos, las de nuestros parientes y amigos? Pero basta que las que así padecen y así claman sean criaturas de Dios y criaturas racionales. Es preciso que nos demos cuenta del inmenso bien que podemos hacer a esas almas y del que nos podemos hacer a nosotros mismos, porque alma que salga del purgatorio por intercesión nuestra, nos estará eternamente reconocida e intercederá incesantemente por nosotros.

Animémonos pues, a hacer algo por ellas. Claro que lo que más vale es el santo Sacrificio de la Misa, pero esto no está al alcance de todos. Lo que sí podemos todos es orar, es mortificarnos, es el hacer otra infinidad de obras buenas de gran provecho todas para las almas del purgatorio. Entre las oraciones ninguna hay tan eficaz como el rezo del Rosario. Si, el Rosario bien rezado es la llave con la que podemos abrir las puertas del cielo a esas afligidas almas, con el Rosario bien rezado hacemos que empiecen a sentir el rocío celestial, con el Rosario bien rezado podemos sacar de aquel lago a millones de almas. Con mi Rosario, decía el B. Juan Masías, dominico, he sacado del purgatorio a más de un millón de almas. Hagamos lo mismo nosotros, y al mismo tiempo practiquemos alguna mortificación, algunas obras de piedad de las que tanto recomienda la Iglesia. Estas obras son las que nos agradecerán las almas y no el que sobre las tumbas de sus cuerpos depositemos coronas, cintas y flores.

FR. CLAUDIO D. FERNÁNDEZ

Salamanca, Octubre de 1918.



JESUCRISTO Y LOS NIÑOS

Sinite parvulos venire ad me.....

Marc. X, 14.

En las escenas evangélicas aparece la vida de Jesús relevada y abillantada por los preciosos esmaltes de las más excelsas virtudes.

Todas las pasiones y sentimientos que dicen bien en un alma noble y pueden tener cabida en un corazón altamente humano y generoso se hallan en los Evangelios pintados con un colorido a lo divino y atribuidos a la persona de nuestro adorable Redentor. Desde los más intensos trasportes de júbilo experimentados por Jesús al ver la preferencia que su Padre daba en la revelación de sus verdades a las almas humildes sobre los presuntuosos y soberbios fariseos, hasta la profundísima tristeza y agonía mortal del Huerto de las Olivas; desde la más rara mansedumbre que rigió todo su porte hasta la justa indignación que en su alma excitó la vista del Templo profanado y mil otros movimientos del ánimo, los vemos magistralmente trazados en el héroe soberano que los evangelistas se propusieron diseñar.

Entre los rasgos que con mayor viveza y propiedad nos declaran la fisonomía moral de Jesús y su natural, dulce y cariñoso, hay uno que cautiva sobremanera, enamora y rinde los corazones en obsequio de su divina persona. Este rasgo lo trazan los evangelistas al narrarnos aquellas escenas llenas de encanto y poesía en que el divino Maestro aparece, rodeado de niños que instintivamente se iban a El como presintiendo el influjo celestial que sobre sus almas había de ejercer. Jesucristo en estas ocasiones los bendecía, los besaba, los abrazaba y colmaba de caricias.

Conocida es la expresión del Príncipe de los Apóstoles el cual afirma que Jesucristo pasó por el mundo haciendo bien y sanando a todos. Los relatos evangélicos nos manifiestan por otra parte, que fueron innumerables las almas atribuladas en quienes derramó el bálsamo eficaz de sus consuelos y alegrías, y que ni el cúmulo inmenso de pecados de unos, ni la desconfianza de otros, ni la malicia de los más, fueron parte para entibiar el volcán de amor que

se anidaba en su pecho. Mas a pesar de mostrarse para con todos tan amante y condescendiente, a ninguno manifestó tanto cariño ni tan singular amor como a los niños.

¿Qué encantos y atractivos tan subyugadores tenían para Jesús los niños, cuando mostraba por ellos tan singular predilección?

Fácil es adivinarlos. Los niños simbolizan y llevan engalanada su alma con la inocencia, el amor, la sinceridad, la pureza, la humildad y otras virtudes que naturalmente poseen y los hacen fiel trasunto y copia fidelísima del estado de justicia original en que Dios crió a nuestros primeros padres en el paraíso; y sabido es que Jesús se recrea y tiene sus delicias entre esos lirios del campo y esas azucenas del valle y esas rosas del vergel cuya tierna corola, apenas abierta al rocío del cielo y a las influencias de lo alto y al soplo del relente matinal, no ha sufrido los rayos ardientes del caluroso estío; ni la baba del réptil inmundo ha empañado sus ojas. Es por lo tanto muy propio que Jesús tuviese particular complacencia en verse rodeado de inocentes niños.

Tomándolos como dignos modelos de varias virtudes que había de ser el distintivo de los fieles de su futura Iglesia, Jesucristo los presentaba a sus discípulos como tipo perfecto de la humildad en la cual debían asemejarseles cuantos aspirasen a tener un puesto en las altas mansiones de la gloria. Así mostraba el Salvador su querer divino sobre los hombres, y este espejo les presentaba de la más fundamental de todas las virtudes de la vida cristiana, el firmísimo pilar sobre el cual ha de ser edificado todo el rico palacio espiritual que ha de aposentar al rey de la gloria. Por eso Jesús decía a sus discípulos: «Si no os volviéreis e hicieréis como niños no entrareis en el reino de los cielos» (Mat. XVIII, 3); con lo cual significaba que la humildad que por la edad poseen los niños, ellos debían adquirir por virtud e industria.

El mismo aprecio que Jesús hacía de los niños quiso que encarnase en sus discípulos, y por eso les mandó que se guardasen bien de despreciarlos, ya que sus ángeles asisten ante la divina Majestad. De igual modo nos encauce la gravedad del escándalo causado a los niños por estas palabras: Al que escandalizare a uno de estos pequeñitos, que en mí creen, mejor le fuera que colgasen a su cuello una piedra de molino y lo anegasen en el profundo

del mar. (Mat. XVIII, 6). Y la grandeza de su amor hacia estas tiernas criaturas la declara por estas otras: El que recibiere a un niño en mi nombre, a mí recibe. (Ibid. 5); palabras que nos parecerían exageradas e increíbles sino supiéramos que brotaron de los labios de la Sabiduría increada.

Todas estas frases del divino Maestro manifiestan el amor de Jesús hacia los niños, y su complacencia en presentarlos a sus discípulos por modelos de varias virtudes.

Aparte de los encantos que naturalmente poseen los niños, Jesús debía ver en ellos un motivo especial que los hiciese acreedores de su amor. Y es que los niños habían dado testimonio de su divina persona y de su misión sacratísima en dos ocasiones muy solemnes: La primera fué cuando por causa del Salvador, el sanguinario Herodes mandó degollar a todos los niños de Belén y sus cercanías, y la segunda, cuando a despecho de los sacerdotes y fariseos, los niños aclamaron al Salvador en el Templo. ¿Quién duda sino que Jesús tendría en cuenta estos testimonios, y que los recordaría con júbilo, y que todo esto influiría en su ánimo presentándole un motivo más que aumentase su cariño para con ellos y que tuviese particular complacencia y sintiese por ellos marcada predilección?

Este singularísimo amor de Jesús hacia los niños, sino circunda su cabeza de la aureola de la Divinidad, ni presenta un título tan valioso como el de Salvador del mundo, al menos baña su rostro de una luz amabilísima y habla al corazón con indefinibles e irresistibles encantos.

Inspirada en este amor nuestra santísima Madre la Iglesia católica, única depositaria auténtica de las enseñanzas de Jesucristo, y heredera de su espíritu, quiere según lo manifestó por el santo Pontífice Pío X, que los niños se acerquen al banquete eucarístico apenas se descubran en sus acciones los primeros destellos de la inteligencia, para que cuando ésta no ha sido turbada por los nublados del error y el corazón no ha sentido la espina de las pasiones, y cuando el alma del niño se halla pura e inmaculada como la del ángel, fije en ella su morada el Rey de la inocencia que tiene sus delicias con los hijos de los hombres, el mismo que dijo: Dejad que los niños se acerquen a mí.... (Marc. X, 14).

FR. FLORENCIO G. CALZADA MONTALVO.

LA PESTE Y LA ORACIÓN POR LOS MUERTOS

Cuando en la calma de la noche triste,
pavoroso el oído se amedrenta
de la campana lúgubre
a la doliente queja;
despavorido, inquieto me santiguo
y en balbuciente lengua
del labio tembloroso brota un ruego
que una elegía encierra:

Señor, tened piedad de esa pobre alma
que huyendo de este mundo al otro vuela.

Cuando dolientes las campanas gimen
y hasta el silencio de mi alcoba llegan
los ayes y gemidos
que por la calle suenan,
el corazón me late apresurado,
y con mirada inquieta
mis ojos desmayados en un Cristo
devotos se concentran:
Señor mío Jesús, tened piedad
de ese mi hermano que al sepúlcro llevan.

El angel del Señor la ruda espada
cruel desnudó, y armándola en su diestra
la vida a los mortales
arrebata sin tregua.
Desde el Alcázar de los altos cielos
tendió sobre la tierra
su mirada el Altísimo irritado,
y desde su presencia
el Angel vengador de su justicia
bajó a vengar los males de la tierra.

Y en su justo furor lanzó la peste
que en los tristes mortales cruel se ceba.
¡Ay! que a nadie perdona
su dardo ni respeta.
El pecador por sus pecados muere,
y muere en su inocencia
el inocente y justo. El anciano,
el niño, la doncella,
la vida entre dolores todos rinden
al fuego matador de la epidemia.

Recuerdos voladores de alegría,
dulcísimas memorias placenteras,
no revoléis ruidosas
cercando mi cabeza.

Memorias funerales solo cumplen
y lúgubres querellas.

En un mar de pesar se anega el alma...

¡Qué escenas tan dolientes y sangrientas!

En la calle ayer tarde encontré un niño,
y su desgracia me excitó con fuerza.

Lloroso el pobrecito
me dijo con gran pena:

«A treinta niños en mi corta calle
la peste con fiereza
en pocos días nos dejó sin padre».

Y a su voz lastimera
de sus ojos brotó una amarga lágrima
que en la mejilla helada se le queda.

El corazón se parte de dolor
al recordar tan lúgubres escenas,
que sin cesar se escuchan
y sin fin se renuevan.

¡Cuántos gentiles jóvenes robustos,
sacudida con fuerza
la soberbia atalaya en que se erguían,
dieron consigo en tierra,
como los pinos caen en el monte
al soplo arrollador de la tormenta.

Virgenes de belleza inmaculada,
el hilo azul de su existencia bella
en una fría mañana,
o en una tarde fresca,
cortado vieron sin piedad ni lástima
de su corta existencia.

Lirios gentiles ondeando al viento,
y blancas azucenas...

Las que vencieron el ardor de estío,
al viento del otoño secas ruedan.

Cual las hojas que en locos remolinos
conduce el aquilón en su ala negra,
la peste arrolladora
vidas sin fin se lleva.

Los anchos camposantos son estrechos,

y no basta su tierra
para cubrir las tumbas de los muertos...
¡Y cual el alma appena
el gran olvido que mañana habrá
de tantos tristes que hoy la vida entregan!

Cual flores que marchitas deja el viento,
la muerte adelantando en su carrera
las vidas que aja, a un lado
de su camino deja.

¿Quién de qué han existido ¡ay! mañana
recordará siquiera?

¿Quién ¡ay! al otro día cuando el sol
vuelva a alumbrar la tierra
de que pasaron por el triste mundo
habrá que tenga ni aún memoria cierta?

Y en báquico jolgorio y alegría
el mundo querrá ahogar todas sus penas.

Triunfarán los mancebos,

y ornarán las doncellas

con artificio nuevo el gentil talle

y su hermosa cabeza,

sin que recuerden que como ellas y ellos

hubo otros ellos y ellas

que gustaron las flores del encanto,

y en agraz fué cortada su existencia.

¡Oh! manes de vosotros, cuya vida
arrebata la peste con violencia!

yo no os quiero ser cruel...

Envuelto en honda pena

recorreré el camino de los llantos

alguna vez siquiera,

subiré alguna vez a la colina

de los ayes y quejas,

y al caer de la tarde melancólica

oraré al cielo ante la tumba vuestra...

.....
Vosotros los que tristes deploráis

de una alma a quien amais la eterna ausencia,

en el mes de los ruegos por las ánimas,

rogad conmigo al Dios santo por ella.

FR. JOSÉ L. TASCÓN.

14 de Octubre, 1918.



De nuestros misioneros de Urubamba y Madre de Dios.

Misión de Santa Rosa del Tahuamanu

(CONTINUACIÓN)

R. P. Fr. Manuel M.^a R. Cadenas.

Mas no solamente son los misioneros y los salvajes los únicos seres racionales que pueblan estas montañas. Además de los colonos pagados por el gobierno y chacareros dedicados al cultivo del arroz, maiz y fréjol, existe una industria principal que es la del canchú y jebe, debido a lo cual la montaña se halla, en su gran parte, habitada por hombres civilizados que la recorren diariamente buscando con avidez los árboles que manan dicho producto, tan valioso y estimado en las principales ciudades de Europa, a las que lo exportan en grandes cantidades. Y entre paréntesis, vea, amado Padre, qué trazas se dan y como se las arreglan estos tales para resolver un problema tan difícil como es el de enriquecerse en poco tiempo, con la elaboración de estas gomas que tantos trabajos y sacrificios suponen.

Al establecerse un cauchero en un punto cualquiera de estas montañas, sus primeras diligencias se dirigen a procurarse el mayor número posible de salvajes, con el fin de que éstos le verifiquen el trabajo de todos sus terrenos, le trasladen los productos de un punto a otro y le proporcionen suficiente caza y pesca para su sustento, teniendo los infelices que resignarse a no recibir otro salario ni otra recompensa que un trato opresor y duro, muchas veces cruel y abusivo, llegando, en ocasiones, a cometer con ellos las mayores atrocidades e injusticias. El modo que tienen de procurarse a estos desgraciados es muy vario si se tiene en cuenta que no reconocen otra ley más que la fuerza, ni otra divinidad más digna de culto que la propia utilidad; así es que, si por medio del cambio, compra, robo o fraude les es imposible el sustraerlos a otros caucheros, reúnen los más posibles y provistos de buenas armas de fuego, penetran hasta el interior de las selvas y llegando a encontrarse con las mismas tribus nómadas les amenazan con la muer-

te sino les acompañan a donde tienen establecida su casa y sus chacras con el fin de prestarles allí sus servicios, sometiéndose en todo a los caprichos de su perversidad. Así se explica cómo llegando en cierta ocasión el P. Pío Aza en sus correrías apostólicas a un lugar en donde se hallaba sesteando una de estas tribus bárbaras, al momento de verle, se originó entre sí un alborozo e inquietud tales que daban bien a entender la grande pesadumbre y tristeza que embargaba su alma con la presencia del que creían ser su tirano y verdugo; y por lo mismo comenzaron todos a exclamar y vociferar de esta suerte: No nos mate, no nos mate, que nos entregamos, teniendo el misionero que desvanecer sus temores fútiles, haciéndoles ver que él no venía a buscarles para que le sirvieran como esclavos sino a procurarles la verdadera libertad que les libraba no solamente de la tiranía de los hombres, sino también de los enemigos del alma, asegurándoles con buenas palabras que su protección les defendería en cualquier circunstancia de la vida y que nunca les faltarían vestidos, comidas suficiente y armas para la caza.

No son, pues, salvajes y misioneros solamente, como dije arriba, los únicos seres racionales que pueblan estas regiones, sino también centros caucheros formados por la casa del patrono, principal, las de los empleados y las chozas de los salvajes que le prestan sus servicios en calidad de verdaderos esclavos, los que abandonan o venden una vez satisfecha su codicia y apagada la sed de oro y de plata que les devoraba. Mas como no hay deuda que no se pague, ni plazo que no se cumpla, lo que suele acontecer muchas veces es que estos tales mueran cruelmente asesinados a manos de los mismos infieles, víctimas de un odio reconcentrado y una venganza que la más rigurosa justicia no podría menos de aprobar en aquellos a quienes aún no ha sido predicada la ley santa del Evangelio que manda perdonar a los enemigos. Tal fué el desastroso fin de cincuenta y seis caucheros en las montañas del río Ucayali, los cuales no solamente fueron asesinados miserablemente, sino hasta comidos por una tribu de salvajes antropófagos, llamados Cachives, que habitan en el interior de las selvas del susodicho río.

Por las indicaciones que voy haciendo, ya comprenderá usted que nuestros viajes y excursiones no han de ser únicamente a las tribus completamente salvajes, sino tam-

bién a estos otros que al lado de los civilizados van aprendiendo algo de nuestra lengua y adquiriendo alguna instrucción. Y aunque para visitar a estos no se necesitan muchos ni grandes recursos, sin embargo, para penetrar hasta el interior de las selvas y llegar a donde ellos tienen sus chozas y plantaciones (1), nos son necesarios preparativos de los que no siempre disponemos. Tales son, entre otros, el poseer con mediana facilidad su idioma, siempre diferente en cada tribu, y además de esto, ir acompañado de un salvaje de toda confianza y que haya pertenecido a la misma, llevar un número bastante considerable de vestidos, con el fin de que su presencia (en caso de lograr reducirlos a nuestro gremio y fe católica) no ofenda a la honestidad y al decoro de los civilizados que en mayor o menor número contamos en la Casa-Misión (2). Se les suele llevar pulseras, gargantillas, etc., etc., todo indispensablemente de colorines, comidas y bebidas, armas y municiones en grande abundancia si se tiene noticia de que la tribu es numerosa; y para fin y remate de la fiesta, es preciso tenerles preparada alimentación suficiente para los cinco o seis primeros meses hasta que sus chacras se lo proporcionen.

Y por último, para terminar, le diré también alguna cosa referente a sus creencias y costumbres.

Mil veces usted habrá leído y estudiado, tanto en filosofía como en apologética que no ha habido jamás pueblo tan salvaje, ni secta tan absurda, que no reconociese alguna deidad y con ella alguna religión y sacerdotes que presidiesen el culto de la misma. Esta verdad universalmente admitida en todos los países y en todos los tiempos, tampoco la desmienten las creencias de los salvajes de estas regiones.

En efecto, aunque algunos caucheros principales y de varios años de trato con ellos, me aseguran que no creen en nada ni adoran a deidad alguna, lo cierto es, que con ellos jamás se franquean ni hab'an tan sinceramente como con los misioneros en quienes ven resplandecer más clara-

(1) Para hacer este recorrido tenemos que contar con un buen repuesto, sino queremos sucumbir en el camino por las enormes distancias que nos separan de estos salvajes. Muchas veces nos llevan veinte o treinta días.

(2) Si queremos conseguir algo útil y fructuoso de estas gentes, tenemos que tenerlos en nuestra compañía durante cierto tiempo, y aún así dejan bastante que desear por su carácter voluble e inconstante.

mente la justicia y brillar con luz vivísima el amor y cariño paternos que les profesan.

Se preguntó en cierta ocasión a un anciano salvaje muy conocido y amigo de nuestros padres, si todos ellos creían en algún dios y a quien recurrían en sus necesidades, y respondió, que creían en un ser superior a quien recurrían en sus enfermedades y que estaban seguros que podía socorrerles en todo. ¿Es acaso el sol? No, contestó, está mucho más alto que el sol y es más poderoso que él. El interlocutor era el celoso e infatigable misionero P. Juan Suárez, de cuyos labios lo he oído referir.

Preguntados en otra ocasión si tenían Dios, respondieron afirmativamente. ¿Dónde está? les fué preguntado. En su casa sentado. Enterados más tarde de la realidad del hecho, se supo que el tal dios era un cacique que ejercía el papel de Juez entre ellos, y que se hallaba, según lo requería su oficio, sentado en su casa y rodeado de jarras de bebida, el mismo también que les dirigía y aseguraba en las batallas que tenían que sostener con otras tribus inmediatas.

FR. JOSÉ ALVAREZ.

Misionero Dominicó.

(Concluirá).



Entronización espiritual del S. Corazón

V

HERMOSA FIESTA

Silenciosamente, como corriente mansa de agua, se va difundiendo la Entronización Espiritual por el místico jardín de la iglesia. No habréis leído, ni es fácil que leáis, lectores amigos, reseña alguna de las íntimas comunicaciones habidas entre Jesús y el alma en el momento feliz de la Entronización. Todo es secreto e interior en esta nuestra muy amada devoción, lo cual es no pequeño bien para evitar faltas de vanagloria, pasioncilla al parecer insignifican-

te, pero que con sobrada frecuencia devora el fruto de la piedad.

No es, pues, nuestro propósito en este ligero artículo dar cuenta de ese mudo lenguaje del alma. No está en nuestra mano, y por lo mismo sería desatino pretenderlo. Pero si juzgamos conveniente y muy del agrado de los devotos del S. Corazón de Jesús, reseñar siquiera someramente, la parte externa de una hermosa fiesta celebrada, en familia, en la casa-cuna de la «Entronización Espiritual». No podrían brillar mucho en esta fiesta el esplendor y la pompa; pero abundó en cambio el fervor que debe ser el alma de toda función religiosa. Y no podrían brillar el esplendor y la pompa, sencillamente porque la mentada casa-cuna no es ningún palacio o cosa por el estilo, que sigue Jesús encariñado con la humildad y pobreza que tanto amó durante su vida mortal; sino una pobre casa, o mejor una casa pobre, tan pobre, que no tiene otras rentas que las limosnas de las almas buenas. Pues bien; en esta ignorada casa, albergue de desvalidos ancianos, a raíz de una sencilla plática encaminada a dar vida a la devoción que nos ocupa, tuvo lugar la primera Entronización Espiritual pública, tal como se expone en nuestras hojitas de propaganda. Y decimos pública, porque la primitiva, que dió origen a esta piadosa práctica, continúa envuelta en el misterio.

La fiesta, pues, de referencia, tenía por objeto celebrar el segundo aniversario de la mencionada Entronización, aniversario ya celebrado también el año anterior.

Los cultos fueron éstos: Retiro espiritual, la víspera, con plática por mañana y tarde. Plática fervorin antes de comunión del día de la fiesta; Misa de suaves melodías gregorianas devotamente interpretada, y por fin, ejercicio vespertino con el Señor manifiesto. Pero una fiesta de esta índole no podía terminar con sólo estos piadosos actos. Exigía algo más; y por eso fue preciso prolongarla fuera del recinto sagrado, para que las almas que la habían organizado, dieran expansión cumplida a sus reprimidos entusiasmos y embargadores sentimientos. Y en efecto; en un saloncito *ad hoc* primorosamente engalanado, se improvisó una amenísima velada presidida por la bendita imagen del Divino Corazón de Jesús. ¡Lástima grande que no la hayan presenciado cuantos tienen en alta estima la Entronización Espiritual! El ambiente de esta segunda parte de la fiesta,

era el mismo que el de la primera, con sólo las obligadas diferencias: ¡todo espiritualidad y acendrada devoción!... Hubo sus discursitos, y sobre todo *poesais* a granel. Con gusto transcribiríamos aquí muchas de sus estrofas que, si no son modelos de corrección y buen gusto literario, en cambio encierran en sí nutrido fondo de doctrina espiritual, y son reveladoras de las aspiraciones y sentimientos de las almas que de veras siguen a Jesús. Pero, afin de no traspasar los límites de un breve artículo, sólo reproduciremos algunas. Sean las primeras las tomadas de un diálogo entre dos almas, de las cuales una pondera así los efectos de su Entronización:

.....Es tanto lo que sentí
a aquella feliz mañana,
que mi lengua enmudeció:
no puede hablar palabra.

La otra, como quien desea insinuarle, que no está la virtud en el gozar, sino en el sufrir por el Amado, le pregunta si no había aprendido la ciencia sublime del sufrimiento. A lo cual responde:

Eso mismo, alma querida,
eso fué lo que aprendí...
Las palabras del Amado,
aquel día yo sentí.
Si quieres, esposa mía,
configurarte conmigo
has de abrazarte a la Cruz. .
.....
Has de vivir rodeada
de dolor y de aflicción
y muy punzantes espinas
dentro de tu corazón.
Algún día te verás
de todos abandonada,
convertidas en abrojos
todas las cosas humanas.
Yo también te dejaré
hondamente desolada,
pero confía, estaré
en el fondo de tu alma.
Por eso ¡sigue adelante!
con gran amor y energía,
porque el reino de los cielos
es de los que más porfían.

Después de dar idea tan completa de lo que debe ser

la vida del fiel imitador de Cristo, santamente enamorada de la elevada ciencia del sufrir, exclama:

Sin cruz no puedo vivir,
que en la vida larga o corta
lo que al alma más importa
es ¡padecer o morir!...

Otra alma recordando alborozada el momento de su
Espiritual Entronización, dice:

Ya me despido con gusto
de todo lo terrenal,
para disfrutar los goces
de mi Esposo celestial.

Y luego dirigiéndose al Sagrado Corazón de Jesús pro-
sigue:

Con los dardos de tu amor
hieres nuestros corazones,
para apartar de tus ojos
todas las imperfecciones.

Finalmente, otra, alienta y exhorta a sus hermanas a
que depongan todo temor y cobardía, en aspirar a la más
encumbrada perfección, confiando para ello en la bondad
inexhausta del amantísimo Jesús:

Subamos al monte santo
sin temor ni cobardía
Jesús nos dará la mano
que Él es quien está en la cima.....

¿Verdad, piadosos lectores, que es muy edificante y al-
tamente consoladora una fiesta de esta índole? ¿Verdad
que el amantísimo Corazón de Jesús ha debido quedar al-
gún tanto complacido con cultos y velada tan suyos?...

ANÍBAL GONZÁLEZ
Presbítero de la U. Apostólica.

León, Octubre de 1918.



III DEVOTOS DE LA VIRGEN DE LA PEÑA!!!

En todos los tiempos necesitamos el auxilio de la Virgen, y siempre debemos recurrir a ella fervorosos; pero esta necesidad se hace mucho más sensible en estos tiempos, en que la peste está haciendo estragos en todos los pueblos. Por eso os invitamos, devotos de la Virgen de Peña Francia, a que acudais a la imagen milagrosa de aquellos riscos para que os defienda de los males que os rodean y para que acoja a las que víctimas de la enfermedad ya han entregado su alma al Criador.

Prometedla ir a postraros a sus plantas y las que esto no podais invocadla devotamente que oirá vuestras súplicas.



Novena y festividad de la Virgen del Rosario.—El 27 de Setiembre dió comienzo la solemne y tradicional novena de la Santísima Virgen del Rosario, en el suntuoso templo de los Padres Dominicos de esta ciudad. La Iglesia estaba primorosamente engalanada. La veneranda imagen de la Virgen aparecía como en trono de gloria en el camarín del altar mayor, adornado con profusión de luces y artísticos floreros.

Todos los días, por la mañana, hubo misa cantada, y a las siete y a las nueve se hacía el ejercicio de la novena para el concurso de fieles, que a esas horas acudían a postrarse de hinojos a los pies de su adorada Reina. Por las tardes, exposición de S. D. M., estación, Rosario, Letanía cantada con acompañamiento de orquesta, novena, sermón, reserva y motetes. De la música tenemos que decir que resultó admirable. Y no es de extrañar, pues un nutrido coro de voces, bajo la dirección del cantor R. P. Agustín F. Losada, interpretaban con delicadeza las obras magistrales polifónicas de los más acreditados maestros, lo cual obligó a decir a un músico: Sólo en San Esteban tengo ocasión de oír piezas musicales que llenan mi espíritu.

Los sermones de los seis primeros días estuvieron a cargo del R. P. Fr. Manuel G. Ceballos, del Convento de las Caldas, y los tres siguientes más el día de la fiesta, del R. P. Fr. Raimundo Castaño, del Convento de Valladolid.

Con motivo de impetrar del cielo misericordia para librar a la provincia y a esta ciudad de los estragos de la epidemia, se determinó hacer una rogativa solemne el día de la Virgen del Rosario. Para esto, el día anterior se trajeron al Convento en procesión, el santo Cristo de los Milagros, de su ermita de la calle de Toro, y la veneranda imagen de San Roque del Convento de las religiosas Agustinas. La concurrencia fué numerosísima. Baste saber que el crucero y nave central de la espaciosa Iglesia de San Esteban estaban sin un espacio para colocarse otra persona.

Fiesta de la Virgen.—Los cultos de este día, costeados por don Enrique Esteban, fueron de todo punto solemnísimos. Hubo varias misas de comunión, acercándose a recibir el pan de los ángeles un sinnúmero de fieles.

La misa solemne, a las once, fué digna de la festividad del día. Se cantó con acompañamiento de orquesta la *Segunda Pontifical*, del maestro Perosi. Para darse cuenta del grandioso resultado era preciso haberla oído.

¿Y por la tarde? ¿Qué hemos de decir de aquella manifestación imponente, en donde todo ciudadano salmantino tomó parte? Empezó la procesión, y la procesión resultó un acto grandioso, conmovedor, en el que Salamanca patentizó su fe, su piedad, sus arraigadas creencias. Y resultó así porque iban a recorrer triunfalmente por las calles y plazas los dos amores, los dos atractivos de toda alma salmantina, el Santo Cristo de los Milagros y la Virgen del Rosario y también San Roque bendito. Se formaron filas interminables de señoras y caballeros, yendo a la cabeza el clero, las autoridades civiles, el Excmo. Cabildo Catedral y la Comunidad de PP. Dominicos, alma de todos estos cultos. ¡Qué aspecto enternecedor se presentaba a nuestra vista! Todos al paso de las sagradas imágenes doblaban reverentes sus rodillas y les dirigían una mirada fervorosa y suplicante como diciendo: ya la peste ha lacerado nuestro corazón; pedazos de nuestras entrañas han sido víctimas de la parca terrible de la muerte; compadeceos de nosotros y apartad este mal, pues nos tiene llenos de zozobra! Satisfechos pueden estar los organizadores de todos estos cultos, pues han resultado brillantísimos, llenos de religiosidad y además han satisfecho una necesidad pública.

Provisión de una canongía.—Después de brillantísimas y reñidas oposiciones alcanzó la dignidad de Canónigo en la Catedral de Salamanca, el muy ilustre señor don Fernando Peña, Sacerdote de gran prestigio, por su talento nada vulgar y por sus sólidas virtudes. Es Director del Asilo de la Vega y Profesor de Teología dogmática en el Seminario. Es un teólogo de pura cepa, amante y entusiasta defensor de la doctrina de Santo Tomás: es un Sacerdote ejemplar y celoso, que nos felicitamos por verle escalar las dignidades eclesiásticas, pues confiamos que han de ser para esplendor de la Iglesia. Nuestra cordial enhorabuena.



NECROLOGÍA

Salamanca.—El día 10 de Octubre, fiesta de San Luis Beltrán, dominico y patrono de los novicios, falleció en este Convento el corista de votos solemnes Fr. Vitorino Tascón, a la edad de veintitres años. Padecía este corista penosa enfermedad, pero un ataque cerebral vino a acelerar su muerte, pues solo hacía diez días que había llegado a este Convento cuando le sorprendió la muerte. Era Fr. Vitorino observante, piadoso y muy devoto de la Virgen del Rosario. A esta celestial Señora invocó hasta su último suspiro con el rezo del Santa María. Confiamos en que Ella le haya acogido y que Nuestro Señor le haya dado el premio por el sacrificio de la vida religiosa.

Corias.—Víctimas de la epidemia reinante volaron al cielo tres jovencitos que eran tres rosas que acababan de abrirse a la vida religiosa, tres rosas que empezaban a difundir su perfumado aroma por los ámbitos del claustro. Fueron estos Fr. Justo González y Fr. Rodolfo González, profesos simples, y el hermano de obediencia Fr. Florencio Luis, novicio.

Oviedo (Viélla).—A la avanzada edad de ochenta y dos años dejó de existir el modelo de padres cristianos don José Fernández Prado, padre del religioso dominico M. R. P. Fr. Domingo Fernández, Vicario Provincial de México. Era don José devotísimo de la Virgen del Rosario y pertenecía a su cofradía. Se esmeró por educar cristianamente a sus hijos, y en su casa jamás se dejó

de rezar el Santo Rosario. Acompañamos en el sentimiento a la atribulada familia del finado, en especial al P. Domingo, que tan lejos de su padre, por estar cumpliendo con un deber ha tenido que recibir golpe tan fatal.

Encomendemos a Dios a todos estos finados.



AVISO A LOS SUBSCRIPTORES

Rogamos a los subscriptores que no hayan pagado el importe de la Revista, procure ponerse al corriente con esta Administración, principalmente aquellos que están debiendo varios años.

Libros que recomendamos a las personas piadosas y que pueden adquirir en esta Administración.

Libros que recomendamos a las personas piadosas y que pueden adquirir en esta Administración.

Grandezas, Dolores y Gozos de San José, por el P. Paulino Alvarez, 2 pesetas.

Mes al Santísimo Sacramento, por el P. Paulino Alvarez. Las personas devotas que deseen inflamarse en el amor de Jesús Sacramentado, no deben carecer de este libro, verdaderamente de oro. Basta saber que está escrito por el V. P. Granada, de cuyas obras lo ha entresacado literalmente, con mano maestra, como lo hace siempre el P. Paulino. 2 pesetas.

Los Dominicos, policromías, por el P. Urbano. Es una pequeña reseña de la Orden de Predicadores, que recomendamos a los amantes y admiradores de la misma. 0,75 pesetas.

Guía de Pecadores, del V. P. Luis de Granada. Para recomendar esta obra basta ver el nombre de su autor y el título de la obra. Es la obra más por popular del autor y más popular de España. Sus ediciones son ya infinitas.

mp. Cat. Salmanticense y Enc., Arroyo del Carmen 15.—SALAMANCA